

Con arena entre los dedos

En la penumbra de aquella noche apenas podía distinguir tu semblante a la luz de las hogueras titilantes sobre la arena. Hablaba de mil tonterías acercando los labios a tu oído y cuando respondías tu aliento olía a vodka mezclado con el humo de las llamas. Me preguntaba si tu boca sabría igual que el alcohol que destilaba nuestro cuerpo emponzoñando el juicio y que también corría generoso por mi garganta. Te acercaste un instante para susurrarme tomando mi rostro entre tus manos de muñeca:

—Vamos al agua...— Dijiste con una invitación provocativa mientras acariciaba tu pelo impregnado de tabaco. Yo te sonreí gentil y tomándote por la mano nos levantamos con dificultad clavando los pies desnudos en la arena salobre y restos de fiesta. Era la primera vez que podía verte bien con la escasa iluminación de los fuegos de los festeros. Tu cuerpo lucía fino y hermoso al arrullo del mar tranquilo y, conforme caminabas, tu cadera dictaba el ritmo de una danza de perdición al compás de las pequeñas y preciosas nalgas que dejaba entrever el tanga del que me hablaste. Noté como los jóvenes que abotargaban la playa te dedicaban sus miradas inquietos, hipnotizados por semejante culo, con risas y comentarios jolgoriosos entre dientes inspirados por la libido y la bebida... pero todo eso te alimentaba. Con cada mirada y

cada piropo ahogado crecías caminando hacia aquella orilla acercándote a la divinidad; con cada cabeza que se giraba hacia tu trasero tu posición de Venus quedaba confirmada un punto más. Lo sabías, y eso te hacía más fuerte convirtiéndote en una especie de reina oscura de aquella noche de brujas.

Yo, por mi parte, hubiese dado cualquier cosa por encender alguna clase de interruptor mágico que me permitiese escrutar el verde de tus ojos que la oscuridad me impedía ver. Mientras me adentraba de tu mano en el agua fría buscaba fútilmente el iris alrededor de tu pupila entre las sombras, esa perla de profundo verde malaquita que me había condenado.

Cuando el agua no llegaba a cubrir tus hombros te abracé desde detrás y lamí tu oreja, cruzando las manos en tu delgado vientre mientras reías: —¿Qué te pasa, pirata?— Preguntaste. —Ojalá pudiese encender una luz para ver los ojos verdes que me han condenado en esta penumbra.— Te susurraba borracho besando la oreja y el cuello mientras reías entre dientes.

—Tenías que enseñarme los pormenores de bañarse desnudo. ¿Recuerdas?— Decía yo malintencionadamente.

—¿Entonces por qué no me quitas el bañador?— Contestaste desafiante con

esa actitud chulesca que me encantaba.

Cogí el tirante entre mis dientes y lo deslicé torpemente sobre tu hombro. Besé tu piel e hice lo mismo con el otro sin dejar de abrazarte desde detrás, apretando mi cadera contra ese culo que antes había cautivado tantas miradas. De nuevo con torpeza desaté el nudo en tu espalda liberando tus pechos que permanecían cubiertos por el agua oscura.

—Ahora te toca a ti.— Indicaste provocadora dentro de lo que se había convertido en una especie de juego de atrevimiento y desafío del que estaba encantado de participar. Cogiste el top de mi mano y te lo ataste con soltura al tobillo para no perderlo dentro del mar ¿Acaso habías hecho algo así con anterioridad? Tu descaro y normalidad para atar las piezas del bañador a tu cuerpo cuando te despojabas de ellas me indicaban que sí, y eso me gustaba.

Deslicé mis bermudas hasta debajo de mis rodillas cogiéndolas con el poco equilibrio del que disponía y volví a abrazarte. Suspiraste cuando mi pene ahora durísimo y palpitante se acurrucó entre tus nalgas y girando el rostro todavía abrazados de espaldas nos fundimos en un beso de puro deseo, un beso de sabor a vodka donde dos lenguas apresuradas se agitaban salvajes, un beso que sentenció el comienzo de aquella locura a la que me arrojaste.

¿Qué hacía perdiéndome en la ambrosía de tus labios al cobijo de aquella impúdica penumbra? Era la primera vez que quedaba en persona con un crush de internet, apenas habíamos intercambiado palabras en forma de mensajería instantánea durante una semana y ya me estaba disolviendo en el juego de tu saliva. Estas relaciones siempre me habían parecido fatuas y artificiosas. Por algún motivo te deseaba rabiosamente y, sin embargo, no podía acallar la inquietud de estar haciendo algo extraño e impropio. Llegué incluso, por un momento, a preguntarme si en realidad no estaría haciendo esto porque quería enamorarme de ti. Imaginaba si acaso tú pensarías lo mismo o si para ti no se trataba más que de un juego pueril como quien lanza un par de dados y abandona el tablero a mitad de partida para echar otra cerveza desinteresada en medio del fragor de la fiesta. Yo nunca te confesaría nada de esto. Quizá porque, por cínico que suene, entre nuestras piernas un titán mucho más poderoso que el juicio empujaba pretencioso de llevarnos juntos de la mano hasta los más altos placeres que encierra el paraíso de nuestros cuerpos.

Tratando de arrebatarme aquellos pensamientos de mi juicio deslicé las manos que, descansando sobre tu vientre, te abrazaban desde atrás hasta tomar tus pechos. Me estremecí perdido en la forma de aquellas dulcísimas y pequeñas

tetas cambiando mis remordimientos por alaridos de puro deseo que me llamaban a comprobar a qué sabría la piel de aquellos frutos o qué textura tendrían tus pezones entre mis labios.

Te separaste un momento, mientras yo lanzaba como un loco lametazos sobre tus labios, y te agazapaste sin escapar de mis brazos... estabas despojándote del pequeño tanga. Yo sabía que escondido en la oscuridad del agua estaba tu cuerpo en la más sincera desnudez y esa idea, sencillamente, me turbaba. Ataste la prenda a tu tobillo con dificultad, pues en mi empecinamiento me resistía a soltar tus preciosos senos, y entonces pude sentir por debajo de las costillas que se señalaban en tu delgado torso como el corazón agitado palpitaba nervioso, a punto de salirse del pecho.

Te rodeé con gracilidad en el agua quedándome enfrente de ti con la mano apoyada sobre tu corazón nervioso. Tu silueta se recortaba contra las luces de las hogueras sin que pudiera entreverse el verde de tus ojos. Podía sentir tu respiración acelerada, expirando apresurada de aquellos labios de porcelana, así como tus manos temblorosas de pura pasión. Me abrazaste y yo te apreté posesivo tomándote de las nalgas, acomodé mi verga para que descansase entre tus piernas asomando por detrás del culo como si se tratase del sillín de una particular bicicleta lasciva; y volviste a besarme rozando mi sexo con todas

las voluptuosidades de tu cuerpo empujando con la cadera contra mi pubis rasurado que besaba tu ombligo con cada golpeteo.

Todavía sosteniéndote de las nalgas te levanté súbitamente y me rodeaste con las piernas entre risas hasta que tus pechos quedaron a la altura de mi rostro. En aquel medio eras liviana y manejable incluso para mi frágil cuerpo y me divertía poder alzarte a mi antojo para devorar cualquier rincón de tu piel. Respondí con una mirada a un ruido cercano y pude ver a un joven que se ruborizaba al cruzarse nuestras miradas... había olvidado que éramos objeto de la atención de cualquiera que pasase por allí, pero eso no me importaba porque en aquel momento eras mía sin contemplar cuantos hombres fuesen testigos de aquel hito. Tú eras perfectamente consciente de la poca privacidad que nos otorgaba la noche, pero disfrutabas maliciosamente de la situación, y eso me encantaba. Entonces comí tus tetas sin contemplaciones, como si fuese a acabarse el mundo, con tal fruición y ensañamiento que tuviste que pararme un instante: —Nada de dejar marcas ¿eh bucanero?.

Perdido en la concavo—convexidad de aquellas tetas te sostenía por el trasero alzándote a mi gusto mientras tanteaba con los dedos entre tus piernas, arrancándote suspiros y agitando si cabe más la frecuencia de tu corazón palpitante. Tú te agazapabas cogida de mi nuca tratando de alcanzar mi fallo

con la mano, pero entre risas te sostenía en aquella prisión que te impedía llegar hasta mi cadera y continuaba tocándote, cada vez con mayor saña y dedicación, hasta caldear una atmósfera de puro deseo en donde, por un instante, el gentío de aquella festividad de la playa desapareció ante nuestra presencia: El momento en que nuestra pulsión apasionada capituló una conquista ideológica sobre aquella costa, un instante en que verdaderamente todo desapareció, cuando en nuestra mente sólo estábamos tú y yo. Miré a tu rostro desencajado por las pasiones más arrolladoras y lo comprendí: Habíamos reducido nuestro mundo de locuras a una burbuja dentro de aquel mar inmenso y en esa burbuja solo había espacio para nuestro deseo. Se acabaron los remilgos y espectadores, pues puedo aseverar que en aquel momento, en nuestra mente, estábamos solos, así que nos dispusimos a trepar todos los escalones del placer hasta la divinidad.

Te levanté aún más, con dificultad, intentando llevar tu cadera hasta mi boca, pero mis débiles brazos temblaron un instante antes de dejarte caer de espaldas. Yacías ante mí, flotando boca arriba sobre un mar oscuro como haciendo la muerta, yo te sostenía por las piernas abiertas entre las que asomaba mi rostro y, besando poco a poco tu muslo, fui aproximando mi boca, beso a beso, hasta tu sexo. Una ola suave, como un simple alzamiento de la superficie del agua, nos agitó un instante. Sujeté tus piernas de blanca

seda y pude ver como el agua pasaba salpicando tu cara y haciéndote toser. Entonces te encogiste sobre mí, flexionando las piernas con el revés de la rodilla apoyado en mis hombros hasta tocar mi vientre con tu trasero quedando abrazados de aquella extraña forma mientras reíamos como dos niños en un juego inocente tras tragar agua del mar.

Volviste a echarte, esta vez con más cuidado, cruzando las manos sobre tus pechos y apoyando la barbilla donde terminan las clavículas para evitar ser sorprendida de nuevo por el agua. Yo me aproximé de nuevo sin tantas vacilaciones y besé tímidamente tu vulva escuchándote gemir dulce entre dientes. Apoyé mi boca hasta que mi nariz acariciaba aquel suave pubis apuradamente rasurado y comencé a lamer deleitándome en cada voluptuosidad de tu precioso coño: Tanteando los labios mayores en toda su extensión, de arriba a abajo, sosteniendo el clítoris entre mis dientes suavemente para acariciarlo con la lengua, besuqueando los labios menores hasta colocar mi boca sobre esa flor abierta, como una suerte de orquídea prohibida... bebiendo sin pausa de tu entrepierna impregnada de un océano que sabía a salobre y flujo. Te tomaba también con las manos, afincando mi posición sobre la vagina que pretendía conquistar hasta sentirla completamente mía: Frotando suavemente sobre el clítoris cuando besaba tu muslo o lamía la oquedad entre los labios, jugueteando con toda la mano

entre la carne de aquel tesoro o penetrándolo por completo con mis dedos. Recuerdo que acabé devorándote desesperado, con la cara apretada fuertemente contra tu clítoris descubierto entre mis labios y lamido con saña dentro de mi boca mientras un par de dedos apretaban dentro de tu cuerpo contra tu vientre buscando las glándulas parauretrales haciendo que te retorcieses entre un torrente de sensaciones. Ahogabas tus gritos mientras te llevaba desde mi lengua y mis dedos al cielo, agitando las piernas que me aprisionaban fuertemente la cabeza y frotando tu entrepierna con movimientos copulatorios sobre mi cara hasta que pude sentirte estallar de placer con todo tu cuerpo temblando y la musculatura lisa de tu vagina apretando mis dedos con cada intensa contracción. Yo reía entre dientes, sonriendo con la boca llena de tu vulva, al ser testigo de un espectáculo tan hermoso.

Te ayudé a incorporarte y te abrazaste a mí todavía temblorosa. Yo te sostuve paternalmente acariciando tu pelo empapado cuando te acercaste para susurrarme descaradamente al oído: —Métemela... te necesito.

—No debemos hacer esas locuras sin protección princesa.— Te recordé como un Pepito Grillo de la conciencia.

—No me importa, sé cuidadoso.— Insistías enloquecida por el vodka y lo que acababa de hacerte mi lengua. Con un punto de inconsciencia no sé si fruto de tu juventud o de la privacidad de aquella burbuja que habíamos creado dentro de la que todo valía.

—El fluido preseminal tiene espermatozoides.

—¿Qué?— Respondiste desorientada mientras metía la mano entre tus nalgas.

—Que hay muchos otros juegos que puedo enseñarte... si te atreves.— Contesté malicioso acariciando tu ano con la punta del índice haciéndote dar un respingo. Te mordiste el labio y me besaste como un signo de aceptación lasciva ante mi descabellada propuesta de placeres anales.

Todavía agitándote desorientada por el orgasmo hasta el que te había llevado con la boca buscaste mi pene con las manos y empezaste agradecida a masturbarme bajo el agua suspirando sonriente. Yo acariciaba tu perineo disponiendo la antesala de la relajación y dilatación de tu cuerpo que nos permitiese descender los escalones del deseo hasta los infiernos de las sensaciones más prohibidas y reservadas. Te notaba tensa y un punto inquieta. No estaba seguro de si habrías tenido alguna mala experiencia o

simplemente era la primera vez que un hombre te tocaba de esa manera. Tampoco pregunté, sino que dejé que mi cuerpo te expresase la confianza que depositaba en ti para que el tuyo se dejase llevar hasta la relajación que exige la práctica a la que nos habíamos abocado. Tomé una de tus manos que acariciaba en aquel momento mi glande con la yema de los dedos y la guié hasta tomarme por entre mis propias nalgas. Con cuidado te iba indicando como quien toma a su chica por la espalda para enseñarle a sostener un palo de billar. Presioné mi dedo contra el tuyo para hacerlo entrar un centímetro en mi cuerpo, cerré los ojos y me relajé.

—Sé cuidadosa— Te pedí mordiéndote la oreja con un susurro cuando te encaramaste a mi rodeando mi cintura con las piernas dentro de aquel medio que nos hacía ligeros. Tu mano derecha me masturbaba mientras la izquierda exploraba tímidamente las intimidades de mi recto. Yo acariciaba con dulzura el espacio perianal de tu dulce cuerpo mientras te explicaba:

—Relájate. Relaja tu cuerpo como cuando expulsas en el baño... ese es el gesto con el que relajamos la musculatura del recto y que permite tanto salir como entrar en él— Te besé con suavidad y cariño, apretaste los dedos un instante en mi cuerpo haciéndome suspirar y noté como te relajabas un instante antes de apretar el índice metiendo con suavidad la uña en tu cuerpo.

Nuestros labios se separaron un instante y pude sentir a tu esfínter cerrarse asustado empujando mi dedo hacia afuera.

—!Ay!

—No pasa nada— Decía yo riendo —Relájate cielo — Y volvía a besarte con una delicadeza difícilmente descriptible. Volviste a relajarte confiando en mí y tu cuerpo me dejó penetrarlo con un dedo hasta la segunda de mis falanges. Aguantaste un instante la respiración y pude sentir como tus manos dejaban de tocarme para quedarse quietas experimentando aquel momento. Yo comencé a mover el dedo dentro, en círculos, haciendo que dilatases. Tu cuerpo se sentía gentil y agradecido de mi presencia. No dejaba de besarte y, entonces, probé con otro movimiento más arriesgado metiendo y sacando las falanges. Hubo algo de tensión al principio, pero te dejaste llevar en el momento en que mi lengua comenzó a saborear el interior de tu boca.

Imbuida de aquellas nuevas sensaciones volviste a acariciar mi verga arriba y abajo haciéndome respirar agitado, tu dedo continuaba tocándome el trasero con un punto adorable de torpeza y pude sentirte completamente relajada, abierta y dispuesta. Alternaba mis dedos para entrar en tu cuerpo desde atrás, dilatando cada vez más aquel túnel prohibido por la propia naturaleza.

Jugueteaba de mil formas frente a las que respondía agradablemente toda tu carne, tanto que ni siquiera te diste cuenta del momento en que entré con dos dedos y más tarde con tres.

Exultante con aquellas nuevas percepciones, que tan poco se parecían a la penetración vaginal, te frotabas contra mí excitada tocándome cada vez con un ritmo más frenético y acercándome con suspiros hasta el orgasmo. Yo me retorcí junto a ti mordiendo tus labios con suavidad mientras devoraba tu boca, sabías hacia donde se dirigía mi cuerpo y estabas encantada con ello, sentiste mi respiración agitarse al máximo y estallé de placer entre tus manos con un orgasmo cogiéndote fuerte de las nalgas. Mi cuerpo se agitaba con las contracciones que podías sentir como presiones de mi esfínter anal en tu dedo mientras el semen fruto de nuestra locura se perdía en la inmensidad del mar.

—Sigue pequeña— Te explicaba —mi tranca no se cansa hasta correrse al menos un par de veces.— Contaba haciéndote reír excitada sujetándome el falo que se negaba impertérrito a perder su erección.

—Tu cuerpo está completamente relajado, fíjate, tengo tres dedos dentro de ti.

—¿Tres?— Dijiste sorprendida haciéndonos reír a ambos mientras seguías masturbándome.

Entonces te di la vuelta sobre mí sosteniéndote por el culo, sin sacar los dedos de tu trasero y te puse ofreciéndome la espalda encarada hacia la costa donde podías ver a todo el gentío bebiendo iluminados por las hogueras. Aparté mis dedos. Te sentí suspirar un momento mirando a la multitud a lo lejos y me asomé por encima de tu hombro acariciando con mi glande palpitante tu perineo. Aquella posición me colocaba en un estrado poderoso, por un momento te sentí inexperta, expuesta a mis designios y llevada a mi merced. Saboreé esa sensación y te besé la boca por encima de tu hombro con muchísima dulzura. Llevé una de mis manos hasta tu vulva con mucha confianza, acercando tu cadera hasta mi rabo tomándote con la palma por el coño y sentí como te dejabas llevar por mi delicadeza antes de penetrarte.

Empujaba con la suavidad de un cirujano, dejándote sentir simplemente una leve presión en el perineo que coronaba aquellas delicadas y pequeñas nalgas de ensueño que me volvían loco por momentos. Nuestras lenguas se fundían en profundos besos donde casi creí rozarte el alma en una misteriosa danza de amantes que queriendo estar más cerca de lo que permite el contacto de

su piel buscan penetrar sus carnes con el sexo y, no contentos con la cercanía de los cuerpos que se unen, buscan de alguna forma fusionar sus corazones en un espíritu de complicidad divina e inexplicable. Sentía así nuestros cuerpos cálidos y enloquecidos por sentirse entremezclados profundamente. Sin pensar siquiera en ello, como de forma refleja, tu cadera se apretaba con dulces flexiones sobre la punta del botín que deseaba agenciarse y mis manos seguían tomándote de la vulva, entrando progresivamente en tus carnes, un milímetro más hondo con cada movimiento arriba y abajo sin que nuestras lenguas se separasen un instante.

Bailamos deleitándonos en aquella conexión hasta que, cuando me di cuenta, mi pubis estaba completamente comprimido contra ti y tu cuerpo había devorado por completo, todo a lo largo, mi firme pene. Separé mis labios de los tuyos, mirándote a los ojos con la respiración agitada, sintiéndote por completo una parte de mi propio cuerpo y me separé de tu cadera apenas tres centímetros sacando parcialmente el falo con que te penetraba. Ahogaste un gemido cerrando los ojos en una mueca de pura locura y volví a meterla todo lo profundo que pude con suavidad gimiendo contigo entre dientes, apretándote fuerte con los brazos contra mi vientre. Sosteniéndote firme con la mano derecha entre tus piernas y la izquierda aferrando tus pechos. Tú me agarraste intensa con las dos manos sobre el brazo que te rodeaba el torso

cogiéndote las tetas y volví a penetrarte con más fuerza y soltura. Estábamos follando.

Aquel baile comenzó a tornarse salvaje y pasional. Colocaste el empeine detrás de mis rodillas dejándote sostener en el agua sin apoyarte en el suelo mientras te hacía mía. Te la clavaba apasionado abrazándote como si el mundo fuese a acabarse sin poder confesar nada más que gemidos y suspiros de indescriptible placer. Tú apenas acertabas a besarme la boca enloquecida por las sensaciones que descubrías de mi mano, en absoluto similares a la penetración vaginal: Un extraño placer de liberación cada vez que tu amante salía de tu recto acompañado de una presión particularmente posesiva con cada entrada. Además mi mano derecha no paraba de jugar con tu clítoris acercándote inexorablemente al orgasmo. De vez en cuando variaba metiéndote un dedo en la vagina y podías sentirte completamente poseída, a mi merced, con mis apéndices explorando todas las cavidades de tu constitución núbil.

De vez en cuando creía sentir que te corrías y temblabas con contracciones que me aprisionaban la verga y los dedos que te penetraban desesperados. Yo me perdía también enajenado con aquel torrente de sensaciones descubriendo los pormenores del interior de tu carne frágil. Trepé contigo de

suspiro en suspiro, gemido en gemido y grito en grito hasta los más altos placeres de la divinidad y creí rozar el cielo guiado de tu mano dentro de aquella burbuja donde por un momento nos convertimos verdaderamente en Dioses: Ese segundo en que me derramé, eyaculando desbocado dentro de ti mientras me deleitaba con la intensidad de unos temblores interminables que casi me hicieron perder el equilibrio y caer en lo profundo del agua.

Respirábamos agitadamente abrazados con fuerza, hasta casi ahogarnos, temblorosos y desorientados levitando en una especie de nube donde el corazón se perdía en la inmensidad de un mar de calma y felicidad. Di un traspies y te apoyaste en la arena sujetándome antes de darte la vuelta con suavidad, rozando mi piel, para encararte hacia mí. Me apoyé en tus hombros y te acurrucaste con ternura en mi regazo. Mi piel había transformado su sensibilidad en un hormigueo nervioso que me llegaba a las encías. Temblando me costaba mantenerme derecho y me sujetaba en ti arropada sobre mi pecho:

—Si pudiese congelar el tiempo me quedaría aquí para siempre.— Te expliqué saliendo de mi letargo.

—Ha sido maravilloso...— Contestaste descendiendo del estrado de

superioridad y chulería en que te habías embarcado al comienzo de la noche.

—Te juro que si pudiese tenerme en piel volvería a metértela.

—Anda, vamos a tomar un respiro.— Dijiste interrumpiendo mi sinceridad descarada. Pero no nos marchamos de allí, sino que permanecemos abrazados no sé por cuanto tiempo soñando que el amanecer no llegaría jamás.